

V

LOS JARDINES PERSAS

Hay mucho menos que decir respecto a los jardines persas que sobre los jardines chinos o japoneses. No es que sean menos bellos ni que estén menos cargados de significación. Pero desaparecieron hace mucho tiempo y los documentos que nos hablan de ellos son muy raros y muy antiguos. No quedan hoy más que cerros áridos, cubiertos de palmas secas y en donde el viento levanta torbellinos de polvo. Pero poseemos a pesar de todo datos suficientes para poder representárnoslos tales como algún día existieron y para situarlos en las corrientes filosóficas y religiosas de su época. Fue bajo los reinos de Jerjes y Darío II que alcanzaron su apogeo. Pero lo que en su conjunto desde que se les considera llama la atención es que están constituidos alrededor de principios muy diferentes a los que presidieron el nacimiento de los jardines del extremo Oriente. En lugar de ser jardines de evasión y de sueño, eran jardines de nostalgia y deseo.

Zoroastro, a quien la tradición hace nacer en Bactriana alrededor de 660 A. J. C., había enseñado a los medas que Ormuz, el dios de la luz había hecho surgir del barro a la primer pareja humana y le había dado por residencia un «jardín maravilloso que iluminaba la claridad de un día eterno». Rodeado de cuatro ríos y profusamente irrigado por numerosas corrientes de agua, todas las criaturas que contenía vivían allí en un estado de perfección absoluta. Los campos estaban recubiertos por una espesa alfombra de cereales. Las más bellas plantas y las frutas crecían allí bastamente. Tigres y gacelas se paseaban en paz en medio de claros constelados de flores. En pocas palabras, todo concurría para hacer de él un sitio de felicidad.

Cuando la descripción de dicho jardín llegó a Asia Menor; los griegos tradujeron a su lengua el vocablo por medio del cual los medas se servían para designarlo. Lo llamaron *Paradeisos*, lo que en griego quiere decir «El

¹ Volvemos a encontrar aquí un remanente muy nítido de los mitos relativos a la Montaña sagrada, al Árbol de la vida y al Centro del mundo que evocamos en el capítulo consagrado a los jardines primitivos.

² Se encuentra un reflejo de esta creencia en el texto hebraico que asegura que «Yahbé contruyó la Jerusalem Celeste mucho antes de que se hubiera fundado la Jerusalem Terrestre».

Jardín». Se trataba, en su mentalidad, del jardín «por excelencia». Es bajo este prestigioso nombre que su recuerdo nos fue transmitido.

Pero uno de los espíritus transmisores de luz a quienes Ormuz había encargado de iluminar el firmamento dejó que se apagara la antorcha que le había sido confiada y se rebeló contra su amo. Se llamaba Ahriman. Para castigarlo, Ormuz lo expulsó del Paraíso y lo precipitó al fondo del abismo. Allí Ahriman se convirtió en el Señor de las Tinieblas, la encarnación del Mal. Desde entonces una implacable guerra se desató entre la luz y las tinieblas, entre el Bien y el Mal, una lucha que no cesará más que con el fin de los Tiempos, cuando el mundo haya reencontrado su perfección original.

Por efecto de este conflicto, el universo se escindió en dos. Nos encontramos desde entonces ante una creación desdoblada. Dos mundos simétricos se enfrentaban uno al otro: el «Mundo de arriba» y el «Mundo de abajo», separados por un vertiginoso espacio. El Mundo de arriba o mundo celeste, siguió existiendo en su estado de perfección. Contenía bajo su forma de estados trascendentes todo lo que se encontraba en el Mundo de abajo. En cuanto al Mundo de abajo o mundo terrestre, reproducía todo lo que reproducía en el Mundo de arriba, sólo que bajo una forma imperfecta y degradada.

El hombre no era responsable de esta dramática ruptura. No era suficientemente poderoso para provocar por sí solo el desdoblamiento del Universo. Pero había tomado partido por Ahriman en su rebelión contra Ormuz y es por ello que Ormuz lo había expulsado del mundo de arriba. A partir de entonces, estaba condenado a vegetar en una condición miserable. Expuesto a los asaltos del mal, acechado por la muerte, había sido reducido a rasgar la tierra para asegurar su subsistencia, destino mucho más lastimoso dado que su caída no había borrado en él la nostalgia de su estado anterior. En lo más profundo de sí mismo, conservaba el pesar lancinante por el Paraíso perdido.

Ormuz entonces tuvo conmiseración de él. Queriendo

facilitarle a pesar de todo una posibilidad de salvación, lo liberó de su sumisión a Ahriman y le permitió *elegir* entre el Bien y el Mal. Inaudito privilegio, pues a partir de entonces era libre ya fuera para completar la victoria de las tinieblas, ya fuera para contribuir al triunfo de la Luz. Este poder para optar por uno o por otro lo invistió de una dignidad de la que anteriormente había carecido. Dejando de ser el espectador pasivo de una lucha de la cual era la víctima, dicho poder hacia de él un actor en gran drama cósmico que desgarraba al mundo y a quien de ahora en adelante correspondía acelerar o retrasar su desenlace. Pero las bondades de Ormuz no acabaron allí. Interesado en facilitar la redención del hombre «orientando sus miradas en la buena dirección», le enseñó el difícil arte de construir jardines, es decir, Paraísos «terrestres» que serían las réplicas del paraíso celeste, cuyo recuerdo conservaba, pues «quienquiera que construye un jardín se convierte por sólo ese hecho en un aliado de la luz». (¿Se ha visto alguna vez que un jardín surja de las tinieblas?). Ciertamente esos jardines construidos por la mano del hombre no podrían nunca ser tan perfectos como su divino modelo. Las plantas y las flores no nacerían en ellos espontáneamente. Había que regarlos, cultivarlos, rodearlos de mil cuidados, porque estarían perpetuamente amenazados por Ahriman que no dejaría nunca de «ambicionarlos en su contra». No por ello, sin embargo, dejarían de ser asilos de felicidad y de paz, lugares privilegiados en donde la luz se manifestaría más intensamente que en cualquier otra parte, ejemplos que sin cesar le recordarían el esplendor de la estancia en la que había vivido antes de su caída. Dependiendo de los esfuerzos que realizara para hacerlos crecer y embellecerlos, poco a poco acercaría el «Mundo de abajo» al «Mundo de arriba», reduciría progresivamente la distancia que los separaba y acrecentaría su semejanza hasta alcanzar la similitud. El día en que los Paraísos terrestres y el Paraíso celeste volvieran a ser idénticos, el Bien habría triunfado sobre el Mal y los efectos de la caída habrían quedado definitivamente borrados. Jardines de esperanza y de deseo, los jardines asirios eran igualmente instrumentos de salvación para el todo del género humano.

Se comprende ahora la importancia que las antiguas civilizaciones de Persia y de Mesopotamia conferían a su construcción. Entre los millares de inscripciones y de tabletas descifradas, numerosas son las que a ellos se refieren. Constantemente los emperadores aquiménides le recordaban a los sátrapas, es decir, a los gobernadores de las provincias, que su función esencial consistía en vigilar escrupulosamente el buen estado de sus «Paraísos», en no escatimar sus esfuerzos para hacerlos crecer y embellecerlos.

Construidos al centro de las aglomeraciones urbanas estos «Paraísos terrestres» eran siempre edificados en terrenos elevados rodeados de murallas o en las cimas de altas torres llamadas Zigurats¹. Esta disposición tenía como meta levantar hacia el azur y permitirles captar ciertos rasgos del Paraíso celeste, como un espejo viendo hacia el cielo capta los rayos del sol. El nombre de las Zigurats es significativo. Se llamaban a veces «*Casa de a base del cielo sobre la tierra*» en ocasiones «*Vínculo entre el cielo y la tierra*» o también «*Casa de las alturas de toda la tierra*». Con sus pisos sobrepuestos, engalanados con almenas de cerámica pintadas de colores vivos (blanco, negro, púrpura, azul, sardónice, plata y oro), las Zigurats ofrecían un espectáculo impresionante. Quienes escalaban sus inclinados planos padecían un a transformación psicológica que los antiguos llamaban *Metanolla* y que asimilaban a una «ruptura de nivel». Cada piso escalado los alejaba un poco más del universo inferior y los acercaba al cielo. Cuando por fin accedían a la terraza más alta, habían llegado al estado mental requerido «para penetrar en una región pura».

Jardines de este género vieron la luz en Nínive, en Ecbatana, en Susa, en Persépolis, en Bactres, en Nishapur, y en otros lugares. Particularmente renombrados eran los de Babilonia. Los cronistas de la época tejieron alabanzas a los jardines colgantes atribuidos – erróneamente por otra parte – a la reina Semiranis, asegurando «que se respiraba allí un aire más ligero que en cualquier otra parte y que la brisa era tan fresca como en la cima de una montaña». Rosas, lilas y jazmines crecían en abundancia, así como un gran número de árboles frutales: duraznos, albaricoque, granados y

cerezos, los cuales eran todavía desconocidos en occidente. Pequeños bosques de cipreses, de laureles y de sicomoros alternaban con palmeras, limones y naranjos. Estaban regados por el agua extraída del Tigris y que un sistema de máquinas hacía subir hasta los pisos superiores, en su centro se levantaba el Árbol sagrado y no era sin emoción que los viajeros, venidos de la Alta o de la Baja Mesopotamia, veían perfilarse en el cielo sus maravillosas frondosidades, mucho antes de que la ciudad misma apareciera en el horizonte.

Conservar, hacer crecer y embellecer los Paraísos, tal era uno de los papeles atribuidos al monarca. Guiado por la vigilancia de sacerdotes y magos, apoyado por el bosque de diez mil lanzas que desplegaba a su alrededor su guardia «Inmortales» no sólo tenía como misión proteger las fronteras del imperio de las ambiciones de sus vecinos, sino defender sus «Paraísos» contra las actividades del espíritu del Mal. Para ello, tenía que asegurar, por una parte que nada obstruyera los canales de aducción que permitían la subida del agua hasta las terrazas superiores; por la otra, impedir que los Zigurats sagradas se degradaran y se convirtieran en polvo.

Pues los jardines persas no eran construcciones edilicias erigidas por el único placer de los que en ellos se paseaban. Eran, como sus nombres lo indicaban «vínculos entre el cielo y la tierra». Debido a ello, su conservación era un asunto de estado. Mientras dichos vínculos siguieran siendo estrechos y fuertes, el imperio seguiría siendo potente y próspero. A penas se relajaran el imperio se vería amenazado, pues corrían entonces el riesgo de alejarse del cielo y de hundirse para siempre en las tinieblas.

De ahí la importancia concedida al mantenimiento de los jardines. De ahí también la importancia de una interpretación de los signos y de los «arquetipos». Pues en esta Creación desdoblada en donde todo tenía su contraparte celeste, cada jardín, cada Zigurat, cada ciudad tenía su modelo divino, situado en una región determinada del firmamento. Sipur tenía su arquetipo en Cáncer, Nínive en la Osa Mayor, Asur en Arcturus. Senacherib había hecho construir Nínive

<p>«siguiendo un proyecto establecido desde tiempos inmemoriales en la configuración del cielo»². En cuanto a Ecbatiana, sus siete murallas concéntricas «pintadas con los colores del mundo» correspondían a las siete órbitas planetarias que rodeaban al sol. Es así como el imperio persa navegaba a través del tiempo, con sus murallas y sus ciudades, sus Zigurats y sus paraísos, siempre amenazados por la noche, pero amarrado a las estrellas.</p>	
--	--